



## CRÓNICA DE RIPOLL

# Campanas de gozo...

Campanas de gozo tocaron en el corazón de los ripolleses cuando se difundió la noticia de que había sido nombrado Cardenal de la Iglesia nuestro Abad Dom Anselmo M.<sup>a</sup> Albareda, O.S.B.

Al decir nuestro, con el empaque natural de cosa propia, singular, nos apercebimos de ese punto de orgullo al parecer poco en consonancia con el espíritu que debería presidir el punto de partida de nuestra posición. Pero sí, nos sentimos orgullosos de tener en el Sacro Colegio Cardenalicio al Padre Albareda, benedictino, Abad titular de Santa María de Ripoll. Santo orgullo si se quiere y que habrá de perdonarnos nuestro Abad, ejemplo, por cierto, de esa virtud tan suya de la humildad que nosotros, ovejas de su rebaño, habremos de imitar como si en su Regla estuviéramos obligados por el voto.

Humildad y pobreza, santo y seña de su vida. Estudio, objetivo de su actividad. Erudición, resultado de su ímprobo trabajo. Todo conseguido a lo largo de años de vigilia que llevaron a nuestro Abad a la cúspide representativa de la Iglesia, el Cardenalato.

No podríamos enumerar en esta humilde crónica, ni aun someramente, cuanto en pro de la Historia ha hecho, estudiado y escrito el Padre Albareda. En primer lugar porque los conocimientos de sus trabajos los obtenemos a través de la noticia y las publicaciones especializadas, y luego porque ante la imprecisión preferimos sean los eruditos quienes hagan conocer, como lo hacen, los méritos de su reconocida autoridad en la materia.

En la prensa diaria y en las revistas de gran divulgación han aparecido en los últimos días y en ocasión de ser elegido Cardenal por S. S. el Papa Juan XXIII, artículos y trabajos dedicados al Padre Albareda y a su obra, y a ellos nos remitimos.

Únicamente nos proponemos dejar nota aquí de algunos recuerdos que patentizan su personalidad humana. Recuerdos obtenidos de personas que le han conocido y tratado ya de forma fugaz o continuamente.

Contáble al cronista Don Mariano Font y Aliguer, que en tiempos fue Bibliotecario de la «Lamberto Mata», de Ripoll, que en ocasión de hallarse el Cardenal Albareda trabajando en el Archivo



Museo Folklórico y en la Biblioteca Mata, de Ripoll, siendo por cierto entrado el invierno y con bajas temperaturas, estaba horas enteras en las salas ensimismado en la investigación y lectura de pergaminos sin preocuparse del frío y con evidente peligro de enfermar por enfriamiento. El Sr. Font, solícito, le brindó repetidas veces el discutible calor de un brasero. Ante las reiteraciones, el Padre Albareda llegó a prohibirle le hablara más del asunto y amablemente le indicó que con el ejercicio de los dedos de sus pies embutidos en simples sandalias le bastaba para protegerse del frío. Eso y el convencimiento de seguir al pie de la letra la humildad dictada por su Regla.

Cuando ya Pío XII le había elevado a Abad de Santa María de Ripoll, unas muchachas ripollenses visitaron Roma. Iban por la ciudad en tranvía cuando acertó a montar en él un religioso por ellas desconocido. Hablaban en catalán. Acercándose el religioso les preguntó: «¿Sois catalanas?» «Sí, señor, de Ripoll.» «Ah, pues entonces estáis hablando con vuestro Abad.» Así, de este modo, con llaneza humilde y franca.

Aquello ganó a las muchachas, que supieron de un hombre eminente y sencillo, y al besar su anillo lo hicieron con espíritu de auténtica sumisión y respeto. El propio anillo abacial del Padre Albareda le fue regalado por el pueblo de Ripoll, que lo adquirió por suscripción popular. Hubo quien sólo pudo dar un real. Al acercársele el pueblo llano a besarle su anillo, les decía: «Lo vais a gastar, hijos, pero hacedlo, es vuestro.» Eso les decía. Todos sabían que era suyo por completo el Abad de Ripoll.

Y he aquí la razón de nuestro orgullo. Nos consideramos vinculados a nuestro Abad, hoy Cardenal, por este lazo inmaterial pero macizo que da la fuerza de nuestra fe y que nos da también el considerarnos siempre hijos de aquella Comunidad Benedictina que en pretéritos siglos proyectó al mundo la luz de sus virtudes y de su ciencia y que vemos heredadas y personalizadas en nuestro Abad Albareda elevado a Cardenal de la Iglesia Católica. Santa María de Ripoll, dentro de las bóvedas vetustas de nuestro Monasterio, recibe las preces de sus devotos creyentes y un hábito de admiración sumisa acompaña el recuerdo de la Historia y de su gran conocedor el Padre Albareda. Que Dios nos lo guarde muchos años.

